

EL TIGRE SUELTO: (LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA)

OSCAR MATA*

Si bien la narrativa mexicana —y latinoamericana— surgió durante la Guerra de Independencia, muy poco quedó consignado de nuestra primera gesta nacional, a manera de testimonio, en cuentos y novelas. Algo similar sucede con las luchas que el naciente país debió sostener contra los invasores, primero el yanqui y posteriormente el francés, sendas pesadillas de las que lo mejor sería olvidarlas o acaso mofarse de ellas, como Emilio Rabasa en *La guerra de tres años*. No es sino hasta la novela de la Revolución que puede hablarse de una narrativa mexicana testimonial, escrita por quienes vivieron y padecieron los acontecimientos que poco más tarde plasmaron en novelas y cuentos. Se dice que Porfirio Díaz comentó poco antes de abandonar en definitiva nuestro suelo patrio: “Madero ha soltado un tigre, veremos si puede manejarlo.” En este trabajo nos ocuparemos de los testimonios de cuatro literatos que dejaron constancia de la manera en que ese tigre suelto transformó al país y cobró la vida de un millón de mexicanos; cuatro escritores que experimentaron en carne propia la Revolución mexicana y nos legaron sus testimonios al respecto: Mariano Azuela, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Nellie Campobello.

Andrés Pérez, maderista,¹ de Mariano Azuela, fue la primera novela con tema revolucionario. Apareció en 1911, año del

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ Mariano Azuela. *Andrés Pérez, maderista*. México, Imprenta de Blanco y Botas. 3a. de Manrique, núm. 29, 1911. 122 pp.

levantamiento de Ricardo Flores Magón, de la renuncia de Porfirio Díaz,² de la entrada triunfal de Francisco I. Madero en la ciudad de México, de su toma de posesión para el periodo 1911-1916 y de la expedición del Plan de Ayala, en el cual Emiliano Zapata desconoce al presidente Madero y pide la distribución de la tierra; pocos meses antes, a finales de 1910, el movimiento revolucionario había estallado en Chihuahua y en Puebla, donde tropas federales habían atacado la casa de Aquiles Serdán. La acción de *Andrés Pérez, maderista*, se inicia una noche de noviembre de 1910, con un par de noticias encontradas: el alza sin precedentes en los precios de los cereales, lo que seguramente aumentará el hambre de la gran mayoría de los mexicanos y los grandes gastos del gobierno en los festejos conmemorativos del Centenario de la Independencia; proseguirá en los primeros cinco meses de 1911, teniendo como fondo el Convenio de Ciudad Juárez, la renuncia de Porfirio Díaz y su partida a Europa, los días 21, 25 y 31 de mayo respectivamente. Mariano Azuela, entonces, escribe su novela con la referencia de unos acontecimientos históricos recién sucedidos. Andrés Pérez se dedica al periodismo y decide abandonar la ciudad de México tras observar la manera en que la policía reprime una manifestación estudiantil, un abuso de la autoridad del cual no puede informar, por el férreo control gubernamental sobre la prensa. Se refugia en Esperanza, la hacienda de un amigo, distante más de 300 kilómetros de la capital, pero en esas lejanías lo alcanzan las noticias de la muerte de Aquiles Serdán y los movimientos sediciosos en la frontera, a los pocos días se le acusa de ser “agente revolucionario de Madero.”³ Ello lo obliga a permanecer en la Esperanza, en calidad de detenido; aunque

² Juan A. Mateos incluye el texto íntegro de la renuncia de Porfirio Díaz en el capítulo XIII “La última noche”, de *La majestad caída*, que apareció en 1914, considerada por algunos la primera novela de la Revolución mexicana.

Véase Juan A. Mateos. *La majestad caída*. México, Premiá, 1982. pp. 171-2. (La matraca, 10)

³ Mariano Azuela. *Andrés Pérez, maderista*. 2a. de México, Botas, 1945. pp. 5-27.

bajo la protección del hacendado, su amigo Antonio Reyes, quien simpatiza con la causa de Madero y eventualmente se levantará en armas. Andrés Pérez, en cambio, descreído y harto de oír mentar a Madero a todas horas y en todo lugar, sólo piensa en escapar a los Estados Unidos. Cierta noche intenta la huída; es capturado y hecho preso, pero en tiempos de revolución, en los que todo si no cambia de lugar al menos se mueve horrores, muy pronto su desgracia se convierte en su mayor parabién y al triunfo de Madero recibe trato de héroe revolucionario; en cambio, su amigo Toño Reyes, que puso su persona, sus bienes, armó a su gente para luchar a favor de la causa de Madero y cayó muerto en combate, muy pronto es olvidado. En esta obra pionera, que sale de la imprenta cuando la Revolución mexicana apenas tenía unas cuantas semanas de haber triunfado, de ninguna manera es optimista respecto al futuro del movimiento encabezado por Madero, pues Mariano Azuela muestra las lacras que habrían de emponzoñarla: los chaqueteros y arribistas que días antes eran los enemigos más rabiosos del autor del Plan de San Luis y a partir del ascenso de Madero a la presidencia de México, militaban eufóricos en “nuestras filas”. Más de veinte años después, se refiere así a esta novela:

Incertidumbre, confusión, fracaso, así quise condensar en menos de un centenar de páginas un aspecto del movimiento de Madero, cuyo triunfo rápido fue la causa mayor de su caída, por no haber dado tiempo a que madurara en la conciencia del pueblo.⁴

Azuela vivió la caída del maderismo en su pequeña ciudad de Jalisco donde por las noches, literalmente a las escondidas, pues ocultaba las cuartillas temeroso de los cateos de los huertistas, escribió *Los caciques*, que habría de aparecer en 1917. En esta novela muestra la manera en que el poder económico se amolda a las “características” del poder político en turno, sabedor de

⁴ Mariano Azuela. “Andrés Pérez, maderista y Los caciques”, en *Obras completas* III, Conferencias y ensayos, México, FCE, 1993. p. 1972.

que de alguna u otra forma las ganancias tarde o temprano acaban en su bolsillo. En el ensayo “Andrés Pérez, maderista, y Los caciques” rememora:

Estaba retocando el último capítulo cuando llegaban grupos dispersos del ejército federal con la marca de su desastre en la ropa desgarrada, en los rostros macilentos y en sus miembros vendados, después del combate con Francisco Villa en Zacatecas.

¡La revolución había triunfado!⁵

Ciertamente la causa revolucionaria se alzaba con la victoria, pero por esa innata capacidad de los mexicanos para prolongar y complicar las cosas, el movimiento armado aún no terminaba. El tigre estaba cebado, había probado carne humana y naturalmente quería más. De súbito este médico rural con aficiones literarias se vio enrolado al partido de la Convención de Aguascalientes:

No sólo por simpatía, sino porque para mí representaba la legalidad; en seguida, privado de la libertad plena de mis actos, los sucesos me colocaron en el campo de la facción villista y con el villismo, de derrota en derrota, desde Guadalajara hasta Ciudad Juárez, llegué exiliado a El Paso, Texas.⁶

Como es bien sabido, la primera edición de *Los de abajo* apareció en esa ciudad fronteriza en 1916, con el sello de imprenta de *El Paso del Norte*,⁷ un periódico subvencionado por Venustiano Carranza. Veinticinco años después Mariano Azuela no olvidaba las experiencias que originaron su libro más popular. Tras la toma de Zacatecas por Villa, el médico y escritor pensó que podría dedicarse tranquilamente a su profesión y a sus aficiones literarias, pero la ruptura de los dos máximos jefes revolucionarios lo colocó en una situación tan o más difícil que durante el huertismo.

⁵ *Ibid.*, p. 1075.

⁶ *Ibid.*, pp. 1075-6.

⁷ Mariano Azuela. *Los de abajo*. Novela (cuadros de la Revolución Mexicana). El Paso, Texas, Imp. de *El Paso del Norte*, 1916. 143 pp.

La entrada y salida de las facciones contrarias nos colocaban de nuevo a merced de nuestros enemigos locales, que encontraban la oportunidad más sencilla para sus venganzas, denunciándonos con los jefes, generalmente palurdos, ignorantes, irrespetuosos y fáciles de engañar. El delito no fue ya ser maderista, sino carrancista o villista. Entonces los sucesos me arrastraron y a poco me encontré metido en la lucha armada.⁸

Mariano Azuela fue parte de la facción de Julián Medina, quien se levantó en armas en Hostotipaquillo, al sur de Jalisco. Medina rondaba los treinta años, en octubre de 1914, cuando el doctor Azuela se incorporó a su Estado Mayor, en Irapuato, con el nombramiento de jefe del servicio médico y el grado de teniente coronel. Medina y Lucio Blanco acababan de salir de la ciudad de México, en un acto de repudio al gobierno provisional de Carranza y de apoyo al de la Convención.

Julián Medina me dio la impresión de ser un revolucionario por convicción y de sanas tendencias... Era el tipo genuino del ranchero de Jalisco, valiente, ingenuo, valeroso y fanfarrón. No obstante su total incultura, poseía el don del mando, y muchos jefes superiores a él por otros conceptos, con gusto lo obedecían, reconociéndole tácitamente sus facultades de conductor de masas. El grado de general no se lo confirió ningún superior jerárquico, sino los bravos que con él se levantaron en armas en la propia prisión de Hostotipaquillo, donde se les tenía presos por actividades subversivas.⁹

Un par de años antes, Azuela había escrito una sarcástica escena en la cual su personaje, Andrés Pérez, confería grados militares, por obra y gracia del nombramiento de coronel que supuestamente le había otorgado “el mismísimo don Panchito”, a los alzados que se acercaron a él. Ahora la realidad lo colocaba bajo las órdenes

⁸ Mariano Azuela. “Los de abajo” (conferencia), en *Obras completas*, t. III... p. 1078

⁹ *Ibid.*, p. 1079.

de un general “de a dedo”; sin embargo, ello de ninguna manera lo incomodó.

Desde que se inició el movimiento con Madero, sentí un gran deseo de convivir con auténticos revolucionarios –no de discursos, sino de rifles– como material humano inestimable para componer un libro, de suerte que esa sola circunstancia me bastaba para sentir satisfacción y placer en mi forzada aventura.¹⁰

Y de esa aventura surgió la más popular novela de la Revolución mexicana.

Un testigo privilegiado del efímero triunfo de Madero fue José Vasconcelos, según se puede leer en *Ulises criollo*, libro que inicia las memorias del oaxaqueño errante, pues de niño vivió en bastantes partes de la República y de adulto pasó buena parte de su existencia en varios países de Europa y de América. El *Ulises criollo*, escrito en España, donde apareció en 1935, empieza narrando la infancia Vasconcelos y termina con el asesinato de Francisco I. Madero. Aproximadamente, el último tercio de este libro, que es una mezcla de crónica periodística con memorias literarias, gira en torno a la figura de Madero. Vasconcelos refiere que el ingeniero Manuel L. Urquidí los presentó, pues una tarde llevó a don Francisco Indalecio al despacho del oaxaqueño, que se encontraba en las calles de Isabel la Católica.¹¹ De inmediato simpatizaron. Vasconcelos, según sus propias palabras, no tenía motivos de queja contra el régimen: era un joven abogado –todo un señor profesionalista en una sociedad en la que sólo uno de cada cuatro mexicanos sabía leer y escribir– con un amplio, promisorio futuro ante sí. Sin embargo, no dejaba de advertir que había algo podrido en el país, por lo cual se sumó a la causa maderista. Vasconcelos es autor de la

¹⁰ *Ibid.*, p. 1080.

¹¹ José Vasconcelos, *Ulises criollo*. “Francisco I. Madero”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, t. I. Selección, introducción general, cronología histórica, por Antonio Castro Leal. México, Aguilar, 1971. p. 723.

frase “Sufragio Efectivo y No Reección” y se encargó de la dirección del semanario *El antirreeleccionista*, actividad que le acarrió su primer destierro, en la ciudad de Nueva York, donde se ganó la vida como traductor de cartas comerciales, en los días en que se celebraron elecciones presidenciales en México, en las cuales Díaz fue declarado “vencedor”. De vuelta la patria, adquiere fama de “exaltado”, en contraste con la indiferencia o apatía de los demás. El grupo del Ateneo de la Juventud se mantenía ajeno a la política, aunque su mayor parte simpatizaba con el maderismo; sin embargo, ante la avasalladora fuerza de la dictadura: “El más confuso escepticismo minaba la conciencia de nuestra generación.”¹² Así, el movimiento maderista será la rebelión de la inteligencia contra la brutalidad.

Vasconcelos presenta a Madero como un líder, no como

“un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos.”¹³

Resalta su honradez a toda prueba (durante su gobierno se compró por subasta, no según las conveniencias de los ministros, como en la dictadura); nunca prometió imposibles y aumentó el gasto en educación pública de ocho a doce millones de pesos, lo cual permitió el establecimiento de las primeras escuelas rurales sostenidas por la federación. Su figura contrasta con la de Venustiano Carranza, un senador porfirista que se disgustó con el tirano cuando Díaz no apoyó su pretensión de ser gobernador de Coahuila. Para Vasconcelos, Venustiano Carranza no pasaba de ser un viejo ladino, que metía cizaña para llevar agua a su molino. Los maderistas siempre actuaron siguiendo sus ideales; posteriormente, el carrancismo habría de “convertir la revolución

¹² *Ibid.* p. 748.

¹³ *Ibid.* p. 747.

en oficio bien pagado”¹⁴, no en vano el pueblo llamó “latrofaciosos” a los revolucionarios vencedores.

La entrada triunfal de Madero a la ciudad de México, el 7 de junio de 1911, es vista por Vasconcelos como una derrota de Huichilobos, el sanguinario. Los maderistas organizan el Partido Constitucional Progresista, cuyo vicepresidente es el oaxaqueño; cuando Madero asume la presidencia, le ofrece el puesto de subsecretario de justicia, pero no lo acepta por dos razones: en su actividad profesional tiene mucho éxito y desea que en el partido se respete su independencia. Uno de los primeros descabros de Madero fue el levantamiento zapatista. Vasconcelos lo atribuye a manipulaciones de leguleyos y políticos del antiguo régimen. Refiere que en la Convención del Partido Constitucional Progresista se acordó desarrollar los lineamientos del Plan de San Luis. Los delegados zapatistas exigían el inmediato reparto de tierras, en tanto que los maderistas pugnaban por una verdadera reforma agraria que impidiera “los latifundios revolucionarios de los Álvaro Obregón, en Cajeme; de Plutarco Elías Calles, en el Mante; de Pablo González, en Morelos; de Amaro, en Durango, etc.”¹⁵ En dicha convención se eligió a Pino Suárez –“hombre sin tacha”– como candidato a la vicepresidencia. Vasconcelos –una rara mezcla de hombre de ideas y hombre de acción– resume así su primer contacto a fondo con la política real: “Salí de la Convención triunfante, pero asqueado de aquel primer contacto con las ambiciones del Poder.”¹⁶

José Vasconcelos fue testigo de que el presidente Madero se negó a ultimar a Félix Díaz, como más de uno le aconsejó, después de la frustrada rebelión del sobrino del dictador. Optó por encarcelarlo, por lo cual el Madero apóstol prevaleció sobre el político. Vasconcelos cita su razonamiento:

¹⁴ *Ibid.* p. 752.

¹⁵ *Ibid.* p. 768.

¹⁶ *Ibid.* p. 769.

–¿ Para qué voy yo a mancharme matando a un hombre que así se suicida moralmente (refiriéndose al texto en que Félix Díaz invitaba a la rebelión)?... Por lo demás –añadió después de un instante de reflexión–, si el país es capaz de aceptar nuevas militaradas de ese género, entonces yo salgo sobrando... Prefiero irme a caer en lo que hemos censurado a nuestros antecesores...¹⁷

Así se expresó Madero en noviembre de 1912, tres meses después sería asesinado por los chacales reunidos en el Pacto de la Ciudadela, entre los que destacaron Victoriano Huerta y Félix Díaz, con la complicidad del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson. Vasconcelos trató a H. Lane Wilson y constató que su comportamiento con Madero en más de una ocasión resultó insolente, pues el coahuilense nunca le mostró la condescendencia de su antecesor. El Presidente de México lo toleraba por una razón: el periodo de Taft estaba por concluir, según comentó Madero a Vasconcelos durante uno de sus paseos matinales por el bosque de Chapultepec.

–Dentro de unos meses sube a la presidencia de Estados Unidos Woodrow Wilson, que es amigo mío, y el primer favor que voy a pedirle es que cambie representante. Este Henry Lane es un alcohólico; todas las noches se duerme con champaña.¹⁸

No en vano se entendió tan bien con Victoriano Huerta; su infamia fue cometida un par de semanas antes de que terminara la misión del borrachín Lane en México.

Un viaje a Tampico por razones profesionales impidió a Vasconcelos estar en la ciudad de México al inicio de la asonada huertista, que relata en “El averno”¹⁹, capítulo final del *Ulises criollo*. Un colega le informó vía telefónica las infaustas nuevas: la muerte del general Bernardo Reyes y la prisión de Madero, mientras Félix Díaz se atrincheraba en la Ciudadela con

¹⁷ *Ibid.*, p. 785.

¹⁸ *Ibid.*, p. 787.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 795-805.

cuatrocientos hombres. Vasconcelos regresa a la capital de noche y se encuentra con una urbe paralizada, en la que es preciso movilizarse a pie o en bicicleta. Tiene la oportunidad de ver a Sarita, la esposa de Madero, “resguardada” por integrantes del Estado Mayor de Huerta. Ella le dice que Pancho desea verlo. Acto seguido se dirige a Palacio Nacional en un auto militar. Se encuentra con el presidente Madero en el Salón Azul.

Después del abrazo afectuoso, repetí la consigna.

–El país está en paz, sólo que se dice que Huerta le ha quitado a usted el mando y lo ha convertido en su prisionero.

En ese instante apareció, con el andar zigzagueante de fiera cauta, el propio Victoriano Huerta. Madero reía de mi dicho...

–A ver: oiga usted, general, oiga lo que dice V...

Sin darme la cara, el taimado oyó y calló. Ni un músculo tembló en su faz renegrida. Sus ojos vieron desviado y sus labios no se abrieron...

Madero habló.

–Ya ve usted... Aquí está el general, todo lealtad...

Y al pasarle Madero el brazo por el hombro, el traidor logró escurrirse.²⁰

Momentos después Madero le contó de las presiones del embajador yanqui, quien había empujado a todo el cuerpo diplomático para que le pidiera su renuncia, además de haber amenazado con un desembarco de tropas en Veracruz si se causaban perjuicios a alguno de los norteamericanos que vivían cerca de la Ciudadela; debido a ello, las tropas del gobierno se habían mostrado sumamente cautelosas en sus ataques a los rebeldes. A pesar de todo, el mandatario se mostraba optimista: “Triunfaremos porque toda la razón está de nuestra parte.” Vasconcelos pudo constatar que en el círculo más cercano al Presidente, quien le había confiado que en cuanto pasara esa crisis cambiaría a todo su gabinete por gente de menos edad y

²⁰ *Íbid.*, p. 798.

más activa, no existía esa confianza. Almorzó en Palacio con un Madero animoso, en contraste con las caras lúgubres de sus ministros que los acompañaban. Mientras comían, hasta ellos llegaban los ruidos, cada vez más fuertes, del combate, síntoma inequívoco de que las tropas del gobierno no tenían la puntería tan certera como los sublevados. Entonces, Vasconcelos le preguntó al ministro de la Guerra, “que no tenía cara de traidor sino de bembó”, ahí presente.

—¿Por qué no asaltan y acaban en dos horas con ese manajo de ratas? —insistí—. Es una vergüenza que cuatrocientos hombres tengan en jaque a toda la nación, que está en paz y apoya al gobierno.

Sólo entonces contestó el ministro:

—Eso no me compete; la responsabilidad de la situación la tiene el general Huerta.²¹

El chacal, su par Félix Díaz, y otros militares de la misma calaña llevaron a cabo la asonada golpista casi por nota, según se comenta en el capítulo XIV de la novela *Tierra*, del veracruzano Gregorio López y Fuentes, quien a raíz del asesinato de Madero se enroló en las fuerzas carrancistas.

—¡Pero si estas gentes pelean en forma muy decente! Interrumpen el fuego poco antes de la una, como para sentarse a la mesa con toda tranquilidad; lo reanudan por la tarde, se cañonean hasta entrada la noche y vuelven a la carga poco antes del amanecer.²²

No pocos habían advertido la clase de tipejo que era Victoriano Huerta y le pidieron a Vasconcelos que convenciera al Presidente de poner al mando del ejército a un militar con honor.

También me habían aleccionado para que influyera en Madero a fin de que quitara el mando a Huerta y se lo diera al general

²¹ *Ibid.* pp. 798-799.

²² Gregorio López y Fuentes. *Tierra*, en *La novela de la...*, t. II, p. 281.

Ángeles, de lealtad insospechable. La víspera había hecho Huerta una infamia que justificaba el Consejo de Guerra, aparte de la destitución. Por una calle estrecha que desemboca a la Ciudadela había metido un regimiento de irregulares maderistas. Los sitiados, sin duda prevenidos, se habían limitado a soltar las ametralladoras. Toda la ciudad vio la carnicería y la traición.

—Y Madero no ve—exclamaban todos.²³

La actuación de Francisco Indalecio Madero como presidente dejó bastante que desear, en el mejor de los casos se puede alegar en su defensa que procedió con mucha —para la mayoría de los mexicanos demasiada— medida, tratando de evitar nuevos brotes de violencia y provocó exactamente lo contrario. La narrativa de la Revolución se lo llama de tres formas: “el loco Madero”, cuando se lanzó como candidato presidencial en contra de Porfirio Díaz; “el señor Madero”, cuando la Revolución estalló y eventualmente triunfó; “el chaparro Madero”, cuando fue Presidente de México... José Vasconcelos, quien no volvió a ver con vida a su estimado y admirado Francisco Madero, trata de explicar con estas palabras el hecho de que el apóstol de la democracia no se haya librado del chacal que lo asesinó: “... el destino, al consumir fines tortuosos, ciega a los más lúcidos en el instante en que va a destruirlos. Sobreviene una especie de parálisis la víspera de las derrotas injustas, pero inevitables.”²⁴ Y esta derrota le costó a México casi un millón de vidas.

En otro orden de cosas, la traición de Huerta se convirtió en un extraordinario incentivo para los hombres de letras mexicanos: muchos de ellos debieron abandonar el país y en el exilio escribieron lo más significativo de su producción, como Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán; aun aquéllos que colaboraron con el traidor, debieron exiliarse a su caída y en otras tierras escribieron obras maestras, como su canciller, Federico Gamboa. Tómese como una paradoja, pero la novela

²³ José Vasconcelos. *Op. cit.*, p. 798-9.

²⁴ *Ibid.* p. 799.

de la Revolución mexicana no sería lo rica que es sin “la inspiración huertista”, puesto que en su mayor parte se ocupa de los sucesos desencadenados a partir de la Decena Trágica. Ciertamente, Madero soltó al tigre, cebado y enjaulado por el porfiriato, pero Victoriano Huerta le propinó el fuetazo definitivo.

Martín Luis Guzmán inicia la acción de *El águila y la serpiente* (Madrid, 1928) justo cuando su personaje está a punto de partir a Estados Unidos. “Llevaba en mi cartera cincuenta dólares; en el alma, una indignación profunda contra Victoriano Huerta.”²⁵ *El águila y...* es una novela testimonial, escrita en primera persona, que en muchos momentos da la impresión de ser una crónica apenas esbozada, una relación de hechos redactada con un estilo impecable. Consigna, como señala en el prólogo a las *Memorias de Pancho Villa*, “la forma en que se realizó, en 1913 y 1914, mi paso por los campos militares de la revolución.”²⁶ Si bien hay más de quince años entre los hechos históricos que presenta y la aparición de la obra literaria, el texto presenta una nitidez tal, que bien se puede conjeturar que Martín Luis Guzmán escribió su novela basándose en notas que había tomado en los días en que los hechos que narra sucedieron en la realidad, circunstancia que corrobora en el citado prólogo a las memorias de Villa, donde señala lo siguiente:

El haber yo tratado a Villa personalmente y con cierta intimidad; el haberle oído contar a menudo episodios de su existencia de perseguido y de revolucionario y, sobre todo, el haber tenido entonces el cuidado de poner por escrito, y con cuanta fidelidad textual me era dable, lo que él decía en mi presencia.²⁷

²⁵ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, en *La novela de la Revolución Mexicana*, t. I, p. 209.

²⁶ Martín Luis Guzmán, “Prólogo” a *Memorias de Pancho Villa*. México, Porrúa, 1991, p. VII (Sepan cuantos, 438).

²⁷ *Ibid.*, p. VIII.

En San Antonio, Texas, se encontró con José Vasconcelos –cuyo *Ulises criollo* es una especie de primo hermano de *El águila y la serpiente*– y juntos celebran los primeros triunfos de “El Centauro del Norte.”²⁸ La novela, cuya acción va desde el inicio de la lucha contra el usurpador hasta la caída del gobierno de la Convención de Aguascalientes, está llena de personajes históricos; muchos de ellos aparecen ante el lector “tras bambalinas”; esto es, momentos antes de que entren o vuelvan a entrar en acción revolucionaria. Martín Luis Guzmán estuvo en contacto con grupos cercanos a los principales caudillos: Carranza, Obregón, Villa, así como con asistentes a la Convención. Quizá el mayor interés de la novela reside en las ideas que el escritor se formó de esos personajes históricos. He aquí algunas de ellas: al contrario de Vasconcelos, quien siempre habló mal de Carranza, Martín Luis Guzmán acepta a “El Primer Jefe”, quien lo acoge “protectora y patriarcalmente”.²⁹ Guzmán advierte que Carranza era muy pagado de sí, siempre acaparaba la conversación e invariablemente tenía la razón. En el cuartel general carrancista estaba el general Felipe Ángeles, cuyo papel en la historia de México parece ser el de la ausencia: él debió ocupar el puesto de Victoriano Huerta junto a Madero y no estuvo con Villa en Celaya. Martín Luis Guzmán lo ve “solo, melancólico, con el alma perdida en las estrellas, él, verdadero hombre de acción y de grandes impulsos...”³⁰ En Hermosillo conoció a Obregón –admirado por Adolfo de la Huerta y por Pani–, quien se mostraba sumiso a Carranza. Álvaro Obregón era un buen militar, con disciplina y oficio, pero sin genio. A Martín Luis Guzmán el único general que salió invicto de la contienda revolucionaria le mereció el siguiente juicio:

...me pareció un hombre que se sentía seguro de su inmenso valer, pero que aparentaba no dar a esto la menor importancia. Y

²⁸ *Ibid.*, p. 225.

²⁹ *Ibid.*, p. 234.

³⁰ *Ibid.*, p. 235.

esta situación dominante como que normaba cada uno de los episodios de su conducta: Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecían de toda raíz personal, de toda realidad interior con atributos propios.

Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante.³¹

Como es del dominio público, Doroteo Arango, conocido en todo el mundo como Pancho Villa, fue la figura que más impactó a Martín Luis Guzmán. Su primer encuentro fue una noche, en Ciudad Juárez, en compañía de Nefalí Amador y de J. Pani, quien había sido subsecretario de Madero. El cabecilla se encontraba en su campamento:

Era evidente que Villa se había metido en la cama con ánimo de reposar sólo un rato; tenía puesto el sombrero, puesta la chaqueta y puestos también, a juzgar por algunos de sus movimientos, la pistola y el cinto con los cartuchos...

Su postura, sus gestos, su mirada de ojos constantemente en zozobra denotaban un no sé qué de fiera en el cubil; pero de fiera que se defiende, no de fiera que ataca; de fiera que empezase a tomar confianza sin estar aún muy seguro de que otra fiera no la acometiese de pronto queriéndola devorar.³²

Martín Luis Guzmán refiere que en aquella ocasión Pani le hizo a Villa un relato de la muerte de Madero y que platicaron más de treinta minutos. El escritor no dejó de percibir que esa conversación “puso en contacto dos órdenes de categorías mentales ajenas entre sí... ahí estaban tocándose dos mundos distintos y aun inconciliables en todo, salvo en el accidente casual de sumar sus esfuerzos para una lucha.”³³ Y estos dos mundos, tan ajenos uno al otro, volvieron a separarse al final de la

³¹ *Ibid.*, p. 247.

³² *Ibid.*, p. 231.

³³ *Loc. cit.*

Revolución mexicana, cuando el país tuvo unos nuevos dueños, pero los mismos sirvientes... Sin embargo, la unión del escritor Martín Luis Guzmán con el general Francisco Villa, del hombre de libros con el hombre “con alma de jaguar”, persistió más allá de la lucha revolucionaria. En efecto, Francisco Villa es el personaje preferido de Martín Luis Guzmán, de la misma forma que *El águila y la serpiente* es su libro preferido, acaso por ser el más personal de todos los que escribió.³⁴ Ahí Martín Luis Guzmán aparece como un joven que persigue un ideal de justicia y parece encontrar en Villa al caudillo que lo haga realidad. “¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!” exclamó José Vasconcelos cuando llegaron a San Antonio, Texas, las noticias de los primeros triunfos villistas. Martín Luis Guzmán se acordó del júbilo de su colega mientras regresaba a territorio de Estados Unidos sin poder liberarse de la imagen del revolucionario.³⁵ ¿Fascinación de la inteligencia por la fuerza? ¿Comprensión de que en un país como México la justicia social únicamente se logra con el auxilio de la violencia? El más inteligente de los narradores de la Revolución mexicana escribió cientos y cientos de páginas tratando de responder estas interrogantes. El prólogo a las *Memorias de Pancho Villa* culmina con la exposición de las causas que llevaron a un talento tan brillante como el de Martín Luis Guzmán a dedicar muchas de sus mejores jornadas como creador a ese mexicano que alguna vez se llamó Doroteo Arango. Más que una explicación viene a ser un epitafio.

Poner más en relieve cómo un hombre nacido de la ilegalidad porfiriana, primitivo todo él, todo él inculco y ajeno a las enseñanzas de las escuelas, todo él analfabeto, pudo elevarse, proeza inconcebible sin el concurso de todo un estado social, desde la sima del bandolerismo a que lo había arrojado su ambiente, hasta

³⁴ “Martín Luis Guzmán, en Emmanuel Carballo. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México, Ediciones del Ermitaño-SEP, 1986. pp. 73-119. (Lecturas Mexicanas, segunda serie, 48)

³⁵ Martín Luis Guzmán. *El águila y...* p. 232.

la cúspide de gran debelador, de debelador máximo, del sistema de la injusticia entronizada, régimen incompatible con él y con sus hermanos en el dolor y en la miseria.³⁶

Y en tales circunstancias no hay respuestas satisfactorias, al menos para los que se unieron a “la bola” y sus descendientes. En *El águila y la serpiente* Francisco Villa es una fiera que se apresta a atacar; las *Memorias de Pancho Villa* finalizan cuando el general Villa, derrotado en Celaya, se prepara a dar otra batalla, entre León y Trinidad, donde –y aquí empieza el silencio del memorioso biógrafo– otra vez será vencido. Ciertamente, un final anticipado, o si se quiere un testimonio incompleto, pero que mantiene la leyenda de “El Centauro del Norte”, bien montado en su silla y cabalgando –todos creen saber hacia dónde– a galope tendido.

Nellie Francisca Ernestina Moya Luna nació justo en el año 1900, en San Miguel de las Bocas, hoy Villa Ocampo, un pueblito serrano al norte del estado de Durango. Ahí mero, para más señas en casa de don Martín Villa, se crió un tal Doroteo Arango; don Martín no sólo lo cuidó y alimentó, sino que lo reconoció como familiar. Con el paso del tiempo Doroteo Arango se convirtió en Pancho Villa y Nellie Francisca Ernestina Moya Luna en Nellie Campobello, autora de *Cartucho*, cuyos *Relatos de la lucha en el norte de México* “son verdad histórica, son hechos trágicos vistos por mis ojos de niña.”³⁷ Seguramente desde los once o doce años Nellie oyó hablar del celeberrimo “Centauro del Norte”, sin duda el personaje más popular de la Revolución mexicana; poco tiempo después, a finales de 1915 o principios de 1916, las tropas de Villa pasaron justo enfrente de su casa, situada en la calle de la Segunda del Rayo, en la ciudad de Parral, Chihuahua. No desfilaban triunfantes, sino que iban arrastrando una serie de derrotas: Celaya, Silao, León, Guaymas, Agua

³⁶ Martín Luis Guzmán. *Memorias de Pancho Villa*. p. X.

³⁷ Las declaraciones de Nellie Campobello están tomadas de una entrevista que concedió a Emmanuel Carballo en 1958, incluida en *Protagonistas...* pp. 408-419.

Prieta... La adolescente que todavía conservaba muchos rasgos infantiles entró en contacto con esos soldados maltrechos y vencidos, platicó con ellos; muy pronto la adolescente y los villistas hicieron migas y hasta jugaron a las muñecas. Así se originó la visión más singular de la Revolución mexicana, que ciertamente contrasta radicalmente con las demás. En efecto, sea desde la perspectiva de la gente de tropa, desde la de los jefes y oficiales revolucionarios o desde la de los intelectuales, la novela y la narrativa de la Revolución mexicana presentan una serie interminable de barbaridades y bestialidades cuyo resultado final dista mucho de ser satisfactorio en lo referente a conquistas sociales. Saqueos, violaciones, ejecuciones sumarias, paisajes llenos de colgados se suceden en los relatos de una revolución que muy temprano fue traicionada. A fin de cuentas, “la bola” vino a resultar un tigre suelto en medio de una multitud asustada e inerme.

Pero este tigre no dio cuenta de Nellie Francisca; es más, ni siquiera la asustó. En cambio, para la niña es una novedad que haya tiroteos en la calle donde vive, llama su atención que un cadáver permanezca tres días a pocos metros de la puerta de su casa, que los heridos anden con las tripas de fuera. Para ella, la Revolución mexicana fue motivo de curiosidad y... de juegos. Los revolucionarios, que ignoraban si verían la luz de la mañana siguiente, de ninguna manera la obligaron a esconderse en el último rincón de su casa: antes bien algunos se convirtieron en amigos de ella y de su hermana y otros —aunque ya muertos— fueron los novios de sus muñecas. En *Cartucho (Relatos de la lucha en el norte de México)*, obra escrita en La Habana, Cuba, y publicada por vez primera en Xalapa, Veracruz, en 1931,³⁸ Nellie Campobello se propuso rendir tributo, expresar su reconocimiento a esos combatientes, en especial a su jefe Francisco Villa. Campobello fue la primera en restaurar el buen

³⁸ Nellie Campobello. *Cartucho (Relatos de la lucha en el norte)*. Xalapa, Ediciones Integrales, 1931.

nombre de Villa, quien desde el fin de la Revolución y hasta inicios de los años treinta estuvo proscrito. Según ella, los libros sobre la Revolución mexicana “están repletos de mentiras contra los hombres de la revolución, principalmente contra Francisco Villa”. Por ello, decidió escribir *Cartucho, Relatos de la lucha en el norte de México*, para “vengar una injuria” y contar su verdad. Su testimonio es la visión más fresca e interesante de la Revolución mexicana, pues Nellie, según señala Blanca Rodríguez:

Campobello no participó en una experiencia periodística o literaria; tampoco se había unido a los ejércitos revolucionarios ni había vivido los conflictos políticos entre los caudillos; en suma, alejada de un perfil que la identificara con ellos, es el ímpetu de su vivencia personal y el recuerdo de la figura de Francisco Villa lo que la encamina a la creación literaria.³⁹

Nellie Campobello asentó en el papel su experiencia con el villismo con palabras simples, sencillas, sin necesidad de inventar algo, pues bien sabía que: “Los hombres de la revolución... no necesitan que los novelen: traen en sí mismos la novela.”⁴⁰

Una novela que si bien transformó a la nación, difícilmente puede decir que ha tenido un final feliz para la inmensa mayoría de los descendientes que combatieron para hacerla realidad.

³⁹ Blanca Rodríguez. *Nellie Campobello: eros y violencia*. México. UNAM-Coordinación de Humanidades, 1998. p. 148.

⁴⁰ Véase nota 30.